



JUEGOS DE NIÑOS

MEMORIAS DE UN FRENTEPOPULISTA
DES-CONVENCIDO

JOSÉ MANUEL ALONSO PÉREZ

JUEGOS DE NIÑOS

MEMORIAS DE UN FRENTEPOPULISTA
DES-CONVENCIDO



Primera edición: octubre 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José Manuel Alonso Pérez

© Imagen de portada: José Manuel Alonso Pérez

ISBN: 978-84-19899-64-4

ISBN digital: 978-84-19899-65-1

Depósito legal: M-30935-2023

Editorial Adarve

c/Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicado a los inocentes de todas las épocas

PRESENTACIÓN

¿Dónde están las fuentes del conocimiento? ¿Hacia qué lugar debe dirigir el intelecto sus capacidades?...

Aparentemente, dar contestación a estas preguntas resulta difícil porque las respuestas que se adivinan en un primer análisis parecen demasiado amplias y dispersas —podríamos decir que el conocimiento está en todas partes, o allí donde cada uno quiera buscarlo, y que el intelecto debe dirigirse hacia esos terrenos ignotos en que habitan las grandes ideas—, pero, examinando estas cuestiones más de cerca, enseguida se llega a la conclusión de que la sabiduría, la cultura o la ciencia — que todas vienen a ser ramas del mismo árbol— pueden hallarse, para empezar, en las cosas más sencillas de la vida. O, lo que es lo mismo, en aquellas que transitan a nuestro lado sin que apenas nos demos cuenta de su presencia. Buscar con afán en lo insignificante, a veces en lo simple y, por supuesto, en lo familiar y cotidiano, es la manera más fácil de llegar al verdadero saber, pues este, siendo producto magnífico, no suele esconderse tras grandes envoltorios.

Cabría mencionar muchos ejemplos colocados a disposición de la mente casi cada día, cada hora incluso, pero en este momento procede citar uno que viene muy a propósito y que se materializa con periodicidad en algo de sobra conocido por todo el mundo; esto es, en las populares ferias dedicadas a los «Libros de Ocasión». Visitarlas de vez en cuando es una buena costumbre porque le permiten a uno sumergirse en ambientes de sabor añejo, departir con los feriantes sobre temas literarios que solo ellos conocen y al fin, mediando la suerte, encontrar ese volumen, revista o facsímil que, de forma más o menos consciente, se anhelaba tener entre las manos. Para el que gusta de los libros, nada hay como hallar un ejemplar antiguo, curioso, raro, o que está ya agotado en los medios normales de distribución, y llevarlo cual trofeo a la estantería de su casa. Además, cuenta también como elemento destacable en esta actividad el factor sorpresa, pues si bueno es encontrar en materia de letras aquello que se desea, mucho más satisfactorio resulta descubrir a partir de ellas el conocimiento que mencionaba al principio, o sea, el porqué de las cosas.

Y para muestra, un botón. Centrado el asunto, he aquí el texto que un desconocido confió a unos cuantos folios en cierto momento de su vida y que yo, por ese golpe de fortuna que he señalado, tuve el placer de rescatar entre un cúmulo de carteles viejos, postales amarillas y fotografías descoloridas que estaban de exposición en uno de esos eventos. ¿La sorpresa para mí? Mayúscula, obviamente, habida cuenta de lo que encontré en él tras

reparar varios párrafos, y más grande aún por no ver entre sus líneas, ni bajo ellas, firma o seña que delatara al autor ni noticia alguna acerca de su posible procedencia. El amable dueño del estand donde estaba depositado no fue capaz de precisar nada al respecto porque, según dijo, eran tantos y tan variados los artículos con los que comerciaba que no podía llevar memoria de los detalles de cada uno; sobre todo si, como era el caso, el objeto de la pesquisa se refería a un «paquete de hojas grapadas por uno de sus lados». Señaló, eso sí, que seguramente el susodicho había entrado en su establecimiento hacía ya bastante tiempo, que más seguro era todavía que lo hubiera hecho formando un solo bloque junto con otros objetos de compraventa y que el precio final para el interesado en poseerlo era de puro saldo, o negociable, por ser material de tercera. «¿Ha leído usted lo que pone en estas cuartillas?» pregunté. A lo que él respondió que no; que solo dedicaba su tiempo a examinar libros auténticos o cosas adecuadas para el comercio, pero no relatos de... «no se sabe quién y sin valor económico».

Para no ir más allá de donde corresponde, apuntaré que el texto pasó finalmente a mi poder, en compañía de dos o tres carteles sin interés que adquiriré por compromiso, y que al término de su lectura (repetida una y otra vez en días sucesivos), me pareció muy necesario sacarlo a la luz. No ya por el entretenimiento que pueda proporcionar —que también— sino, ante todo, porque trata de temas que en España, por conveniencia, una parte del común se ha empeñado en no querer conocer y otra par-

te de ese mismo común, por otras conveniencias, se ha empeñado en que no se conozcan. Y es que en nuestro país, actualmente, lo que «hay que saber» se prepara, se conforma y se lanza a la gente buscando el «buen rollo» o la anuencia de lo políticamente correcto con un resultado final que, para desgracia de todos, se traduce en masas adoctrinadas en las que solo brillan la estupidez y la ignorancia. El intento de regar un poco ese páramo del intelecto para que crezcan entre sus hendeduras unas briznas de conocimiento real y, si puede ser, de responsabilidad y tolerancia es lo que justifica la edición de este libro.

Del cual hay que destacar, en primer término, que sus líneas son copia absolutamente fiel de las que figuran en el texto indicado —citas incluidas—, ya que, según las reglas de la gramática y la ortografía, nadie podría tocar una sola tilde para mejorar algo en ellas. De hecho, si hubiera sido necesario hacer tal operación, más grave habría resultado el peligro de alterar los propósitos de la obra, o su mensaje, que dejar la letra *uve* allí donde debe aparecer una *be*. Por eso, repito, se ha respetado escrupulosamente la creación primera, pues, si ha de prevalecer algo en este intento, que sean los deseos del autor y, ante todo, la verdad. Es preciso añadir, para no faltar a la misma, que el libro incluye tres cosas inexistentes en el texto señalado; concretamente, el índice (que acota y ordena las diferentes partes de la obra), las notas a pie de página (necesarias para explicar el significado de términos que a día de hoy, con seguridad, son desconocidos para casi todos) y el subtítulo *Memorias de...*, que cabe definir como

un agregado de última hora cuyo fin es enmarcar adecuadamente la narración dentro del universo literario. Cierto que el anónimo autor no se decanta por esa posibilidad y así lo expone al principio, pero es de creer que no le habría molestado demasiado esta... licencia viendo el título en conjunto; no si supiera que su objeto es proporcionar claridad máxima a lo que la palabra de viva voz, lamentablemente, ya no puede aclarar.

Respecto al contenido del libro, mucho habría que decir, pero creo que lo más adecuado es mantener un prudente silencio; uno de dolor, acaso, aunque también sereno, que sea contrapunto del refrán con que comienza esta historia. Pocas palabras bastan a veces para comentar determinados sucesos y, a veces, sobran todas ellas porque los hechos hablan por sí solos. Lo mejor, ahora, es leer sin prisas, meditar y conocer. Porque resulta fácil meditar sobre ciertas cosas y extraer conocimiento de ellas tras la barrera protectora del tiempo que se ha ido para siempre, sabiendo que las causas generadas en el pasado poco o ningún efecto pueden dejar en «lo actual».

Por lo tanto, quedémonos ahí, en el parapeto.

Y desde ese sitio, terminada ya la última página, que cada cual saque sus propias conclusiones. Y aprenda.

JOSÉ MANUEL ALONSO PÉREZ

A buen entendedor, pocas palabras bastan

NOTA PRELIMINAR

Debe saber el lector, sea quien sea, que lo referido en estas hojas nada tiene que ver con el deseo de legar unas memorias a la posteridad o con la voluntad de prostrarme en confesión. Esto último no podría ocurrir en modo alguno porque nunca he creído en las bondades de los sacramentos ni en las ventajas de sacar a relucir, en un ámbito más laico, privacidades que solo importan a su dueño. Y, en cuanto a lo primero, tampoco sería una opción aconsejable, pues los recuerdos de mi vida se han ido difuminando con el paso del tiempo y estoy seguro de que, al cabo de tomar la pluma, solo dejaría tras de mí párrafos inconexos y folios en blanco. Sospecho, además, que poco o nada habrían de interesar al gran público las revelaciones de un individuo totalmente invisible cuyo único mérito, acaso, radica en el hecho de haber llegado a viejo tras luchar en una guerra. Más me ha animado, según creo, el afán por llenar ciertos huecos de ocio, que ahora son abundantes, o tal vez algo más sutil y profundo que únicamente puedo identificar, en mi impotencia, con el deseo de hacer un último

acto de justicia, siquiera para sentirme en paz conmigo mismo.

Fui lo que fui. Hice lo que hice y, aunque tengo presente que podría haber actuado de otra manera, no es momento ya de lamentar nada ni de buscar justificaciones. ¿Sirve de algo querer calentarse al sol cuando está a punto de llegar la noche? ¿Puede el árbol recoger sus hojas después del vendaval? Yo recojo muchas en mi huerto, pero únicamente para amontonarlas en un rincón y dejar que se vayan descomponiendo poco a poco porque sus restos constituyen un buen abono... Así ocurre año tras año y así ocurre también con los actos y sucesos que van llenando los días de cada uno. Creo que, si ha de hacerse algo, eso solo puede ser enseñar; escoger entre los fragmentos de vida amontonados en nuestro interior aquellos que todavía están presentables o que son capaces de aportar un servicio postrero. No importa que la edad los haya deslucido; importa solo que sean ejemplos para ser repetidos, si encierran algo de provecho, o para ser evitados a toda costa, si hubieran sido fuente de equívocos.

El episodio recogido en este escrito se corresponde con la realidad y la Historia de esa patria amada por muchos —y odiada por no pocos— que se conoce con el nombre de España. Digo de antemano que no es el peor de los que me ha tocado afrontar, pero sí es el más trascendente para mí por muchos motivos; entre otros, porque todavía no ha concluido, pese a los años que han pasado desde que aconteció, y porque hoy mismo,

evocando sus detalles, tengo la sensación de haber dado una vuelta en círculo; o sea, que, en algunos aspectos, me parece estar en el mismo punto en que estaba cuando el lamentable contexto que lo enmarca cayó encima de todos nosotros. La democracia que ahora disfrutamos, y que tanto ha costado construir, se nos ofrece sólida y bien fundamentada en el conjunto del mundo libre, pero por debajo, en el interior mismo de los corazones que la prestan el latido, sigue oculta cual carcoma esa infame forma de señalar compatriotas que distingue entre «los nuestros» y «los vuestros». O, dicho de otro modo, siguen filtrándose entre las rendijas de nuestra sociedad vocaciones e ideas que tienen mucho en común con las que yo conocí en otras épocas y que, en último término, no son sino armas mimetizadas para dar curso otra vez al acto de Caín.

En el relato menciono nombres que me parece oportuno identificar y enmascaro aquellos que deben permanecer para siempre en el secreto. No he querido acordarme, imitando a nuestro gran Cervantes, de ciertos lugares y términos que ahora ya no pueden aportar nada. Ni tampoco he dejado que las cuestiones ideológicas se escurran entre las letras, aunque estoy seguro de que muchos harán lo posible por buscar el color de los puntos y las comas. La Historia no admite cambio alguno; solo se puede remover o tergiversar y ese, desde luego, no ha sido el objeto de mi esfuerzo.

Siempre se debe buscar el mejor modo de llevar a cabo un propósito. Respecto a lo que sucedió en aquellos

años, algunos recurren al discurso altisonante, otros callan porque no quieren compromisos y el resto desvía la atención hacia asuntos diversos que, tal vez, resultan más simpáticos.

Yo, a pesar de los riesgos, he preferido dejar las cosas por escrito.